

## LA MEDICINA EMERITENSE EN LAS ÉPOCAS ROMANA Y VISIGODA <sup>(1)</sup>

Teníamos grandes deseos desde hace tiempo de poder recopilar en un trabajo las facetas más interesantes del ejercicio de la Medicina en la antigua capital de la Lusitania, durante las épocas romana y visigoda.

Para la mejor exposición de nuestro trabajo, lo hemos dividido en los siguientes apartados:

- I. — Breve historia de la Mérida romana.
- II. — Pinceladas sobre la Medicina romana.
- III. — Médicos romanos en Mérida.
- IV. — Ajuares médico-quirúrgicos.
- V. — Higiene pública.
- VI. — Medicina hispano-visigoda.
- VII. — Final.

En un trabajo perfectamente documentado del Profesor Rico-Avello sobre «Médicos extremeños que ejercieron en los siglos xvi al xix», indica «que sería interesante, subyugante, revisar la bibliografía de médicos que ejercieron en épocas anteriores y muy concretamente en la romana y árabe».

---

(1) El presente trabajo ha constituido el discurso de recepción en la Asociación de Médicos, Escritores y Artistas, celebrado en el Salón de Actos del Consejo General de Colegios Médicos de España, el día 5 de Diciembre de 1963. La presidencia la compusieron los Excmos. Sres. Doctores D. Manuel Izquierdo como Presidente; D. José Álvarez Sierra como Vicepresidente; D. Carlos Rico-Avello como Secretario y el Profesor D. Daniel Mezquita Moreno que presentó al conferenciante, siendo este contestado por el Sr. Presidente.

Rico-Avello dice, que la labor del historiador sobre todo en lo que respecta a la historia de la Medicina, no es de fracasados, ni tampoco de despreocupados y que además debemos de tener los médicos inquietudes para cumplir aquella frase de Ortega: «...no basta con ser un buen médico, hay que ser un hombre culto; es decir, tener la idea histórica y biológica del mundo que nos rodea...» El Profesor Laín Entralgo en su magnífico trabajo «Sobre el sentido y la utilidad de la historia de la Medicina», nos informa que esos conocimientos nos otorgan dignidad intelectual, claridad, libertad y opción a la originalidad personal: Tal es el balance de la utilidad cuando decorosamente se la estudia y cultiva. «Cuanto más profunda y articulada, cuanto menos grata y ligera sea la esperanza, tanto más honrado y pormenorizado habrá de ser el conocimiento del pasado. El hecho de ser médico—prosigue—no constituye una excepción a esa regla áurea de la existencia de los hombres en el tiempo».

Hemos recogido con gusto tal sugerencia en este nuestro primer contacto con esta Sociedad, para exponer desde esta tribuna a tan selecto auditorio las facetas más interesantes de la historia de la Medicina en la antigua capital de la Lusitania, nuestra querida Mérida, porque Mérida, la Augusta Emérita, no es bien conocida en nuestra Patria. Yo sé que la clase médica y más aún la que se dedica a escribir y estudiar permanentemente, conoce cómo ha evolucionado la historia en todos los aspectos en la bella capital de la antigua Lusitania, cuya importancia es tan grande que basta decir que en la ciudad hay restos de dos recintos amurallados, de tres acueductos, dos pantanos, templos, un gran circo, un anfiteatro, un teatro (considerado como uno de los mejores del Imperio y por supuesto el más grandioso y mejor conservado de la Península), termas, dos puentes (uno de ellos el más grande de España en su clase). A ellos hay que añadir los numerosos ejemplares de las esculturas guardadas en su Museo... Pero es tan interesante recordar... refrescar la memoria con hechos probados... que me van a permitir les haga una exposición de lo que fué nuestra ciudad, muy especialmente en la historia de nuestra profesión desde su fundación hasta la terminación de la dominación visigoda en ella, quedando, por la gran extensión de los temas, la Medicina en la época árabe, para otro trabajo.

# I

## BREVE HISTORIA DE LA MÉRIDA ROMANA

El año 25, antes de J. C., después de la conquista de Lancia (en la zona astur), Publio Carisio, legado de Augusto, fundó nuestra ciudad para asentar a los veteranos soldados (eméritos) de las Legiones V Alaudae y X Gémina, como premio a sus buenos servicios.

La ciudad recibió el nombre de Augusta por el Emperador y de Emérita por los eméritos de aquella guerra cántabra, la cual terminó el año XIX, antes de J. C., Marco V. Agripa, general, yerno y ministro universal de Augusto que tanto unió su nombre al de la naciente ciudad. Mérida, la «Roma Española», como la denominó Schulten, nació como vigía de Roma para enlazar las regiones de la Bética con las del Norte y Oeste, para que ésta se romanizara mejor. Vino también a dar expresión patente de la paz de Augusto y en ella se favorecería el desarrollo económico y cultural sujeto a las Leyes de Roma. La ciudad nació capital de una provincia: La Lusitania.

Mérida cumplió una alta misión cultural en todos los siglos imperiales y fué tan mimada que en tiempos del Emperador Otón (79 años después de J. C.), recibió una aportación de familias patriicias nobles de Roma. Por ello sus costumbres, su modo de vivir, sus actividades científicas y culturales iban siempre a la par que las de la capitalidad del Imperio. Si así era en todo, ¿cómo no iba a asimilar las corrientes de la Medicina de Roma?

## II

### PINCELADAS SOBRE LA MEDICINA ROMANA

Hemos de pasar por alto las diversas formas de ejercer la Medicina en Roma desde la época etrusca, hasta los primeros siglos del cristianismo. Los métodos metódicos inventados por Apolo, el empírico de Esculapio y el lógico de Hipócrates, los dioses curativos mitológicos, la charlatanería, etc., etc.

A las hierbas que se vendían en tiendas hemos de dedicarles unas palabras: Estas hierbas, que mezcladas con raíces, drogas, etcétera, servían para preparar ungüentos guiados a veces por ridículas supersticiones; ungüentos inofensivos 'todos, aunque algunos no, como estos dos ejemplos: Calígula se volvió loco por causa de un filtro amoroso que le propinó su mujer Casonia ¡su mujer! Por causa de un filtro amoroso se volvió también loco el poeta Lucrecio.

Las plantas medicinales como el *Laserpicium* (*Laserpitium Siler-L. Laserpitium Gamiferum*) el Asfódelo, (*Asphodelus fistulosa L. Asphodelus Albus Wild*), fueron muy usadas en la época empírica, así como la cosmética jugó buen papel. El comino (*Cominum Cuminum*), la cebada (*Hordeum vulgare, Hordeum exastichum, Hordeum distichum*), altramuces (*Lupinus album*), el culantrillo (*Adiantum Capillus Veneris*), el apio (*Apium graveolens*), etc., se emplearon para el arreglo de las uñas y sobre todo para la caída del cabello, pues los romanos sintieron siempre gran horror a la calvicie. Domiciano que se quedó bien pronto calvo escribía diciendo: «Nada tan hermoso que dure tan poco». Calígula cuando pasaba por la calle no quería que nadie le viese su fea cabeza desprovista de pelos y César molestísimo con ser calvo disimulaba la calvicie llevando siempre la corona contento con aquel loor que había

decretado el pueblo para él y que le permitía cubrir de hojas de árbol su noble pero desprovisto cráneo de pelos. No podemos dejar de consignar la panacea llamada de los quince siglos, la célebre triaca magna de Mitridates, que llevó triunfante a Roma Pompeyo, lo que hizo decir a Plinio que «el general servía a la República y al género humano al mismo tiempo».

Ahora que hablamos de plantas tiene para Mérida interés lo siguiente: Si la ciudad perteneció antes que a los romanos a los vetones, según testimonio del famoso Prudencio, escritor del siglo iv, en el himno a Santa Eulalia (nuestra ciudad tiene una calle que se llama de Vetones), creo ha de tener curiosidad que Plinio en su *Naturalis Historia* describe en su libro XXV «Los vetones en Hispania han descubierto a la llamada «vettónica»; (en la Galia «sarrutale»; en Italia, cestros y en Grecia, «paychitrophon»). Tal planta, la más preciada de todas, echa tallos angulosos de una altura de dos codos y sus raíces unas hojas dentadas muy semejantes a las del «lapaltrum». Su semilla es purpúrea. Las hojas secas y pulverizadas sirven para muchos usos. Con ella se hace un vino y un vinagre que tonifica el estómago y aclara la vista. Tiene tal fama que la casa donde se haya sembrado se considera estar segura contra todos los maleficios. García Bellido transcribe de la «vetónica» que sus raíces eran medicinales. Plinio señala como remedio contra los dolores de pecho y de costado... la harina de vettónica; se bebe en agua caliente.

La Medicina científica hizo su entrada en Roma en el siglo iii, antes de J. C., con los médicos procedentes del mundo griego oriental. Los nombres de Asclepiades de Bitinia, de Celso, de Plinio, de Galeno, llenan la historia de la Medicina de Roma de varias generaciones. En el siglo iv, después de J. C., fué instituido un médico público con el título de archiatria o arquiatria, que tenía la obligación de curar a los pobres gratuitamente.

Si Asclepiades preconizó la balneoterapia y Celso nos describe las técnicas operatorias y los instrumentos quirúrgicos, no cabe duda que los médicos de las provincias romanas y por lo tanto de la capital de la Lusitania, Augusta Emérita, heredaran aquellos conocimientos y aquellos medios de trabajo para atender a sus enfermos.

Al llegar los romanos a España se encontraron con médicos en

muchas de sus ciudades. José Luis Cassani en el tomo XII de los cuadernos de *Historia de España*, publicados en Buenos Aires en 1949, nos informa que era muy desigual la vida en las regiones españolas, pues mientras en las regiones del Levante donde había habido influencia griega y cartaginesa, había médicos doctos, en las regiones de Asturias, Galicia, Santander, etc., imperaba el atraso (1).

---

(1) En estas regiones, como dato curioso, se ejerció la «covada» consistente en que el padre sustituía a la parturienta junto al lecho del recién nacido y la mujer le cuidaba. Dicha costumbre, que puede ser origen de un tabú o un deseo de probar fehacientemente la paternidad, aparece entre los cántabros, astures, isleños, etc. Estrabón, en su tomo III, pág. 178, citado por García Bellido, certifica la existencia de esta costumbre cuando dice: «La mujer cultiva la tierra; apenas ha dado a luz, cede el lecho a su marido y le cuida».



### III

#### MÉDICOS ROMANOS EN MÉRIDA

La historia de un pueblo cuando no es sostenida por cimientos profundos, puede variar con el tiempo y según la manera de enjuiciamiento de sus historiadores, pero cuando existen vestigios firmes en que apoyarse no puede haber variaciones porque la verdad es siempre la verdad. ¿No son nuestras lápidas, nuestros ajuarres médicos, acueductos, pantanos, red de alcantarillado, baños, etcétera, testimonios, pruebas inequívocas de como fué la Medicina y la Higiene en la antigua capital de la Lusitania?

Si la ciudad se engrandeció rápidamente y se construyeron sus grandiosos pantanos y bellos acueductos para abastecimiento de agua potable, si existen aras e instrumentales médicos, es lógico que la Medicina se desarrollara en la floreciente ciudad, yendo en esplendor a la misma altura que las demás actividades de la vida. ¿Hubo médicos en aquella época?

Hay un ara emeritense que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, descrita por Hübner (en la pág. 465 del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XXV, de 1894), donde expone lo siguiente: «Que el cronista Florián Docampo y el viajero alemán Nicolás Membrán, en el siglo xvi, copiaron correctamente, como ellos sabían hacerlo, pero sin observar las ligaduras de las letras y el caracter elegantísimo de la escritura epigráfica, que es la del principio del siglo II de nuestra era, o sea, la del emperador Trajano».

Esta lápida (fig. 1), fué un feliz hallazgo de Mérida y Vives, ya que se creía perdida. Dice textualmente:

VENERI · VICTRICI  
L · CORDIVS · SYM  
PHORVS MEDICVS  
SACR [VM] EX · VOTO

o sea, que un médico de origen griego, de nombre Cordius Simphorus, con ejercicio en Mérida, dedica un pedestal quizás con estatua de mármol a la Venus vencedora, o sea a la Victoria, porque la misma divinidad se invocaba bajo los dos apellidos—Venus Victrix y Victoria—, cuyo símbolo, el águila de Júpiter, se observa gallardamente esculpida bajo el texto epigráfico. (1)

Julio L. Longino, médico distinguido, nació en Tapafo, pueblo estipendiario de la Lusitania, cerca de Zalamea de la Serena, en principios del siglo iv. Ejerció la Medicina en Mérida, ciudad en la que vivió hasta su fallecimiento.

Hay un ara sepulcral aparecida en la ciudad de Mérida en el siglo xvii, conservada en el antiguo Palacio del Duque de la Roca (que fué Museo en la ciudad hasta hace más de un siglo), cuya inscripción es la siguiente:

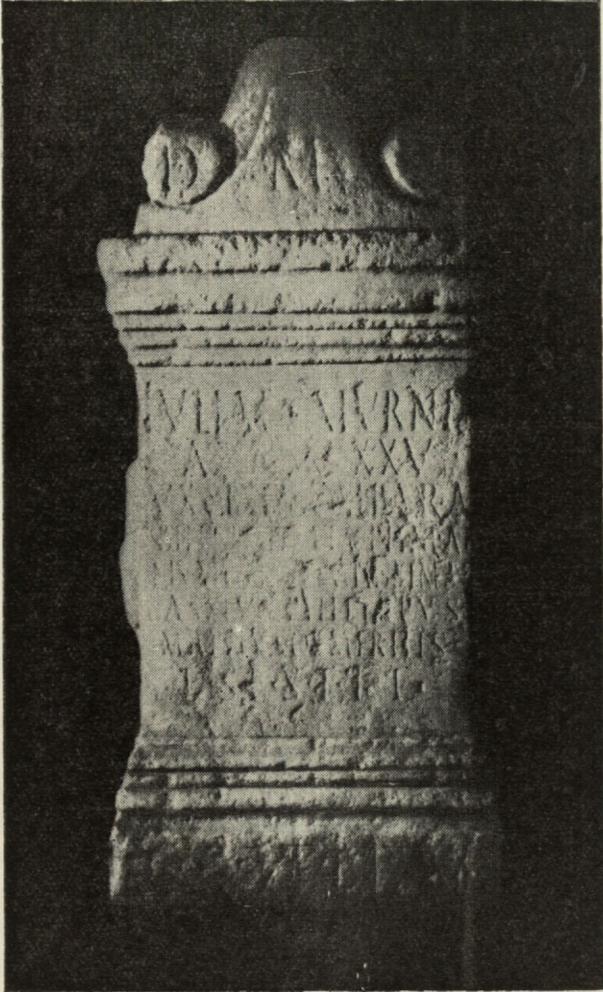
L. IVLIO LONGINVS  
 QVIR TAPORO  
 ANN XXXV  
 L. IVLIVS AVITVS  
 FILIO PIISIMO

Pero esto nada aclara sobre si ejerció o no en Mérida, si falleció o no en nuestra ciudad, lo que ha de obligarnos a profundizar en nuestros estudios.

Antonio Musa, el célebre médico español ¿ejerció en Mérida? No lo sabemos aún, aunque los investigadores han de decírnoslo pronto; un médico del prestigio suyo, es lógico que fuera a visitar a todos los nobles de las principales y más importantes capitales del Imperio en España y Augusta Emérita, no hay que olvidarlo, era una de ellas. Se cita por García del Real (en su *Historia de la Medicina*, pág. VIII, por L. Frielander en *La Sociedad romana* pág. 116)

---

(1) Estos datos epigráficos contradicen las opiniones de los que sostienen que Lucio Cardio Síforo fué un ilustre humanista nacido en Badajoz en el siglo vi, indicando que esta lápida fué encontrada en Rusticiana, antiguo poblado romano, hoy Galisteo (entre Jerte y Aldehuela), según lo describe D. Nicolás Díaz y Pérez en el *Diccionario de autores y artistas*, indicando que este médico ejerció en los tiempos de Teodosio I y Arcadio.



«que Antonio Musa salvó de la muerte a Augusto (nuestro fundador) con una terapéutica audaz de baños fríos, cuando ya estaba desahuciado por los demás médicos». (Este éxito le valió para que «fuese llamado por Augusto para asistir al parto de su tercera esposa, Livia, a Roma»). Además, nos cita Serra Ráfols, que muchos médicos ejercitaban para tratar a sus enfermos la correspondencia, una prueba más de que este famoso pudo tratar también por correspondencia a algunos enfermos de la Augusta Emérita.

En el Museo Arqueológico de Mérida existe un ara sepulcral de Julia Saturnina, citada por D. M. Macías (en su segunda edición de *Mérida monumental y artística*, editada en Barcelona) y que «Ofrece la particularidad de tratarse de un monumento funerario a una médico tocólogo de juvenil edad. Además de llevar esculpidos los vasos de sacrificios, en su cara posterior presenta un niño envuelto en pañales a estilo de momia egipcia.

El cuerpo del epígrafe 0'42 × 0'37 (figura n.º 2), dice:

D · M · S ·  
 IVLIAE · SATVRNI  
 ANN · XXXXV  
 VXORI INCOMPARA  
 BILI MEDICAE OPTIMAE  
 MVLIERI SANCTISSIMAE  
 CASSIVS PHILIPPVS  
 MARITVS · OB MERITIS  
 H · S · E · S · T · T · L ·

Que traducido, dice así: Julia Saturnina, de 45 años de edad, esposa incomparable, médico excelente, mujer santísima, Casio Filipo, su marido, le hizo por sus merecimientos este monumento. Aquí yace, séate la tierra ligera.

Sin embargo, Lothar Wickert dice que examinó la inscripción y que en su renglón V, nada fácil de leer, por el mal estado de la inscripción, pone MATRI (y no MEDICAE); las letras M, I, trazo horizontal de la T y el lado derecho de la R. falta la A. No hay pues médico tocólogo, sino una madre.

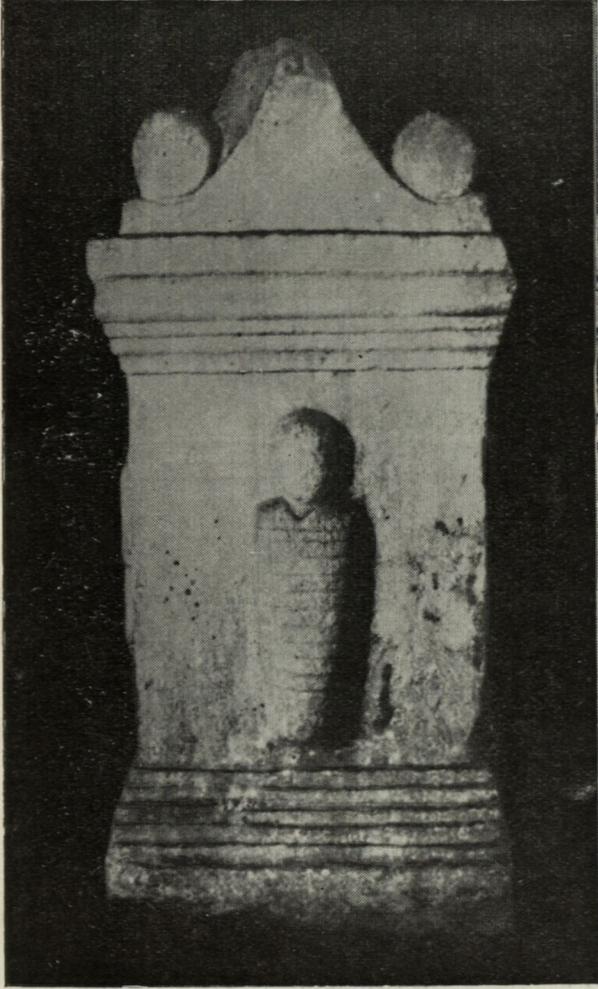
¿Por qué se les ocurrió MEDICAE a otros autores? El autor dice que por el mal estado de la inscripción y sobre todo el relieve del

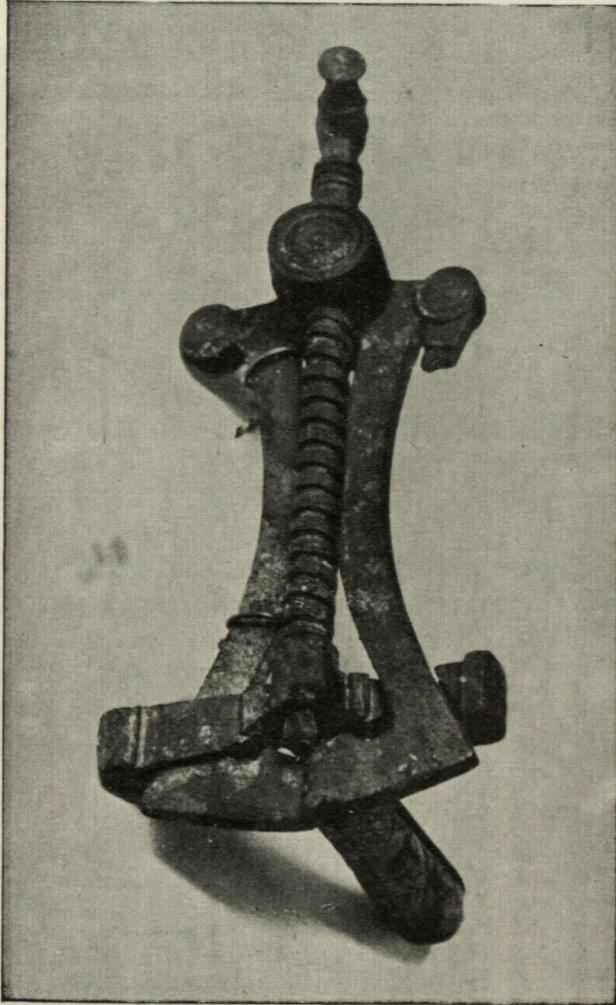
niño en pañales del dorso. (Figura n.º 3). El error visual desde Moreno de Vargas repitiéndose por todos. Pero la supuesta mujer comadrona es una madre óptima. ¿Por qué se representó el niño? No se sabrá nunca, pero quizá por ser la causa indirecta del fallecimiento, ya que pudo morir al nacer el niño.

Ejercían los médicos en las capitales del imperio en clínicas, hasta tal punto, que Serra Rafols nos dice textualmente: «que una clínica médica comprendía, junto con las habitaciones del médico y su familia, la sala de consultas, la de operaciones, el laboratorio farmacéutico y las habitaciones destinadas a enfermos que convenía hospitalizar».

Los últimos descubrimientos arqueológicos efectuados en Mérida, nos dan una casa suntuosa, con su peristilo, habitaciones amplias, termas, que nos hace suponer que han de aparecer nuevas mansiones romanas, pudiendo encontrarse alguna con las características que cita el profesor Serra y con algunos útiles de trabajo dentro.

Los médicos llegaron a ganar, lo mismo que en Roma, mucho dinero en sus provincias, cuando además la enseñanza de la Medicina era fácil para todo el mundo, hasta tal punto que Frielander, dice: «zapateros, carpinteros, tintoreros, herreros, abandonaban sus oficios para hacerse médicos, lo mismo que muchos médicos fracasados le volvían las espaldas y se dedicaban a funerarios o gladiadores».





## I V

### AJUARES MÉDICO-QUIRÚRGICOS

Aparte de la existencia de estos médicos, tenemos datos fehacientes de que la Medicina se ejerció por médicos bien preparados, atestiguado por los diversos instrumentos o ajuares de cirugía que se han encontrado en nuestra ciudad.

Esta figura que ustedes ven (señalada con el n.º 4), es el «Speculum magnum matricis», de bronce, encontrado en 1919, dentro de un sepulcro romano descubierto en la actual calle de José Antonio, afueras en la época romana.

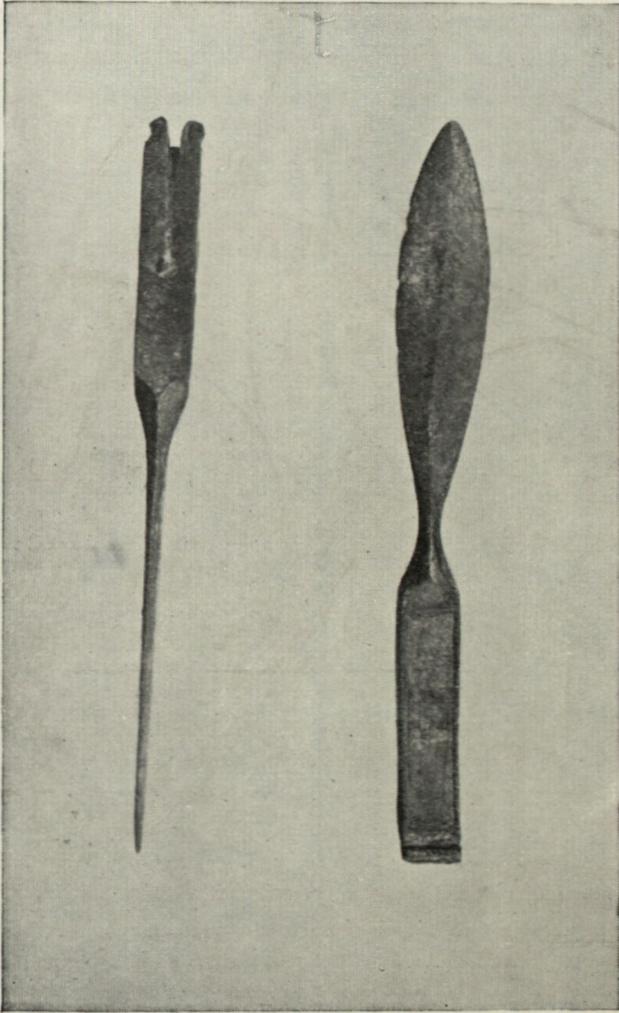
Es muy estimable, pues al parecer, sólo existe éste y el que figura en el instrumental quirúrgico descubierto en la casa de un cirujano de Pompeya y conservado hoy en el Museo de Nápoles. Se encontraron junto a él una botellita (ampulla) y un brazo de una balanza, lo que explica claramente que fuera de un médico. No hay inscripción y fué donado al Museo Arqueológico Nacional por D. Juan Grajera y Alvarado, que fué quien lo encontró. (1)

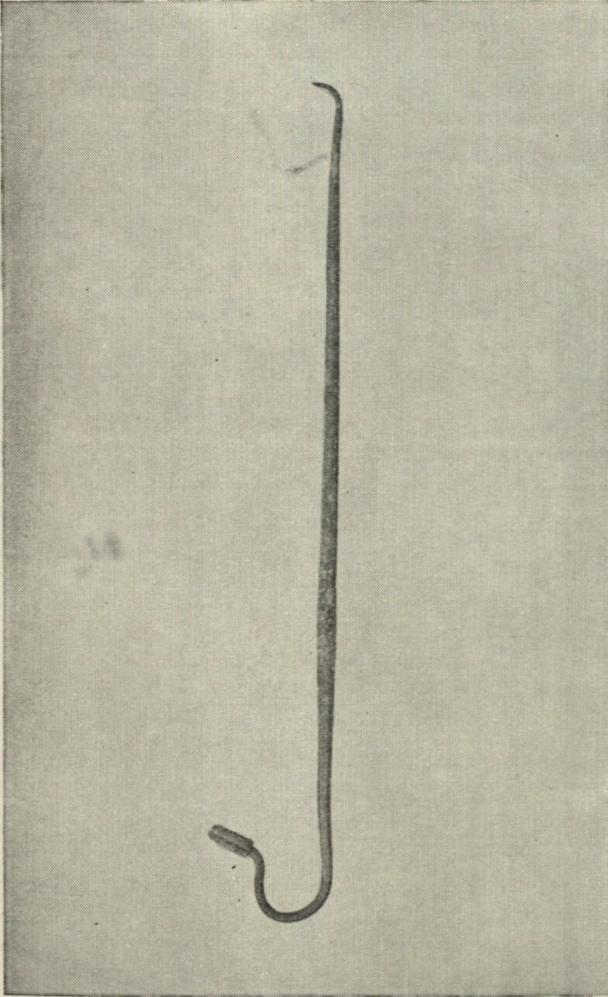
---

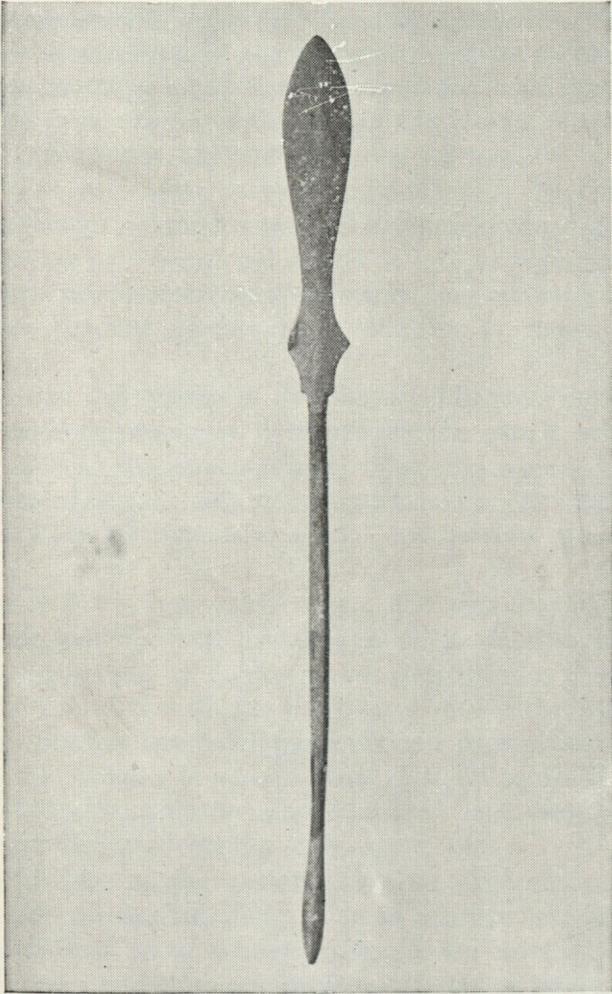
(1) Consta como ven ustedes de dos brazos planos, con sendas prolongaciones contrapuestas por unos de sus extremos, en figura de siete y de las cuales arrancan en ángulo recto sendos vástagos que juegan por el extremo opuesto sobre un eje a modo de compás y se articulan por medio de las patillas móviles, de las cuales este ejemplar conserva solo el arranque de una y cuyo objeto era, ejerciendo presión sobre ellas, abrir cuanto fuera posible dichos brazos y por dicho eje y paralelamente a ellos un largo tornillo cuya cabeza adopta forma de Té y por su extremidad une a un doble travesaño o doble caja que sirve de pasador y de tope a los expresados brazos, del cual travesaño parte en sentido perpendicular un tercer vástago igual a los otros dos. Estos tres vástagos se unen por sus caras internas formando uno solo y redondo cuando el instrumento estaba cerrado, que es como era introducido en la vagina, para luego separándolos al hacer funcionar el indicado mecanismo dilatarla lo bastante para que el médico pudiera ver la parte enferma. Los brazos articulados miden 9 cm., el tornillo 11'5 cm. y el vástago 6 cm.

En un trabajo de D. Antonio Floriano, publicado en *Archivo Español de Arqueología* n.º 44, de 1941, titulado «Aportaciones arqueológicas a la historia de la medicina romana», se expone el hallazgo en el sector de la necrópolis oriental de una sepultura de incineración que guardaba las cenizas de un médico del siglo I de nuestra Era, junto con la totalidad de su ajuar profesional. Fué éste un hallazgo interesantísimo de ajuar completo, en la parte de la acometida del acueducto de San Lázaro, en 1934. Dentro de la tumba, se encontró tierra humosa y mezclada con cenizas, restos de la pira, huesos calcinados y, sin orden alguno, el ajuar. (Dato curioso: por todas partes, dentro de la tumba, se hallaron gran número de nueces: un centenar). El ajuar de la tumba emeritense parece confirmar el aforismo hipocrático «Lo que los medicamentos no curan, lo cura el hierro, lo que no cura el hierro lo cura el fuego; lo que no cura el fuego debe ser considerado como incurable». Allí se hallaron datos suficientes para considerar a nuestro médico como un experto en el ejercicio médico y quirúrgico. Los frascos, pomos, las cucharillas, las placas de batir ungüentos y pomadas, podían formar parte de cualquier farmacia actual, y los instrumentos acreditan al médico como un competente cirujano, desde las operaciones superficiales que revelan la ventosa (cucurbitila) y las sondas hasta las operaciones profundas que reclaman el empleo de los cortos escalpelos (ancistrum) y las sierras y tijeras de osteotomía. Siempre ha sorprendido a los tratadistas la perfección de instrumentos quirúrgicos romanos, adaptables a las más diversas intervenciones y la pobreza de los conocimientos anatómicos de aquella época, en la que predominaba la charlatanería, la mecanización y el empirismo. Los hallazgos de Pompeya, Herculano, Colonia y Hungría, demuestran claramente la similitud de estos instrumentos con los descubiertos en Mérida: Casi todos son de bronce, lo que explica facimente el poder de conservación de este metal, pero también los hay de hierro y de acero pues, el procedimiento del temple les fué familiar. En oro y plata se hicieron pequeños cinceles, y los hay de marfil, madera y asta.

En el documentadísimo trabajo conjunto del ilustre Director del Museo Arqueológico de Mérida, Sr. Alvarez Sáenz de Buruaga y de D. Jesús García de Soto, publicado en el n.º 62 de *Archivo Español de Arqueología*, se detalla que en el mes de Abril de 1944,







y en las obras de cimentación de los pabellones de suboficiales del Cuartel de Artillería, se descubrieron ocho sepulturas, apareciendo en la n.º 6, un ajuar médico que, en un estuche, contenía bisturís, espátula, sonda, cucharilla y, en otro tubo estuche, dos pinzas perfectamente acabadas. Además, aparte, dos fórceps de hierro, dos escalpelos y un gancho de exploración, cucharillas para dosificaciones, tijeras incompletas y fragmentos de un tubo estuche.

Una placa de pizarra verde, encontrada con lo anterior, servía para preparar colirios, haciendo oficio de mortero.

Con todo este ajuar se sacó un puchero y la cuchara para medir cantidades de medicamento. Una moneda de Antonio Pío, permite fechar todo dentro del siglo II de J. C. La sepultura es muy interesante y por los instrumentos encontrados demuestra que nuestro médico practicó además de la Medicina la cirugía menor y mayor.

Las figuras que vamos a detallar seguidamente pertenecen a una colección de propiedad particular, siendo esta la primera vez que se publican sus características; todas ellas son de bronce, lo que explica su llegada hasta nuestros días en perfecto buen estado. Son similares a las expuestas en los dos trabajos anteriormente citados.

La figura n.º 5, que ustedes ven, son dos escalpelos (*Scalpellum*) uno tomado de frente y el otro de perfil, compuestos por una lámina lanceada de dobles cortes, redondeados y simétricos con nervio central o arista que dá lugar al doble declive que terminan los bordes. Las escotaduras servían para ajustar a ella la lengüeta del mango y la muesca para ajustarlo contra la lengüeta y evitar el cabeceo o desprendimiento de la hoja. Estos escalpelos servían para diseccionar, desbridar accesos, etc., etc.

Entre los instrumentos penetrantes o de exploración, tenemos los juegos de sonda (*Specillum*). Vamos a proyectar dos de ellas muy características. La n.º 6 tiene, en uno de sus extremos, un abultamiento oval y en el otro una espátula parecida a las hojas de los escalpelos pero sin corte; con las espátulas, el médico batía las sustancias, las extendía sobre las compresas o cataplasmas y con la parte opuesta tomaba las unturas y las aplicaba directamente sobre las partes afectadas por el mal. La n.º 7, perfectamente acabada en uno de sus extremos, y en el otro con una prolongación

puntiaguda, es posible que sirviera para limpieza de partes delicadas; quitar pólipos e incluso para limpieza de los dientes por los odontólogos: tiene 22 cm. de longitud.

La figura n.º 8 es un ungüentario en forma de taza en perfecto estado de conservación. Le falta a este calentador de pomada o ungüentario, el mango, que existe en otros modelos.

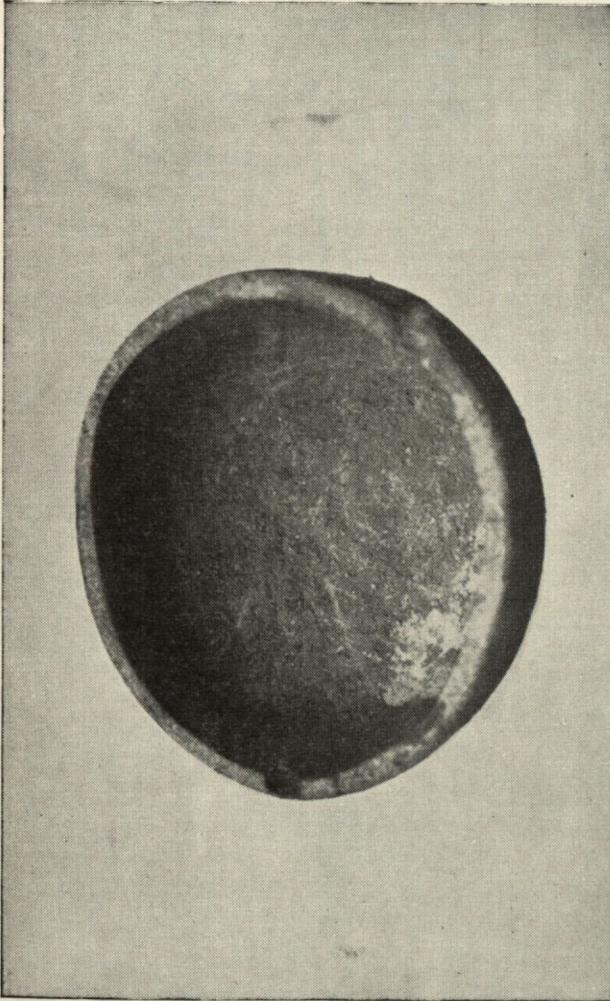
Aunque hay una colección de pinzas magníficas de varios usos, observarán la n.º 9, bello ejemplar, denticulado, de construcción perfecta y armoniosa, de fino temple, que está tan bien conservada que puede hoy día funcionar; al apretar sus extremos, vibra como un dispasón; es maravillosa.

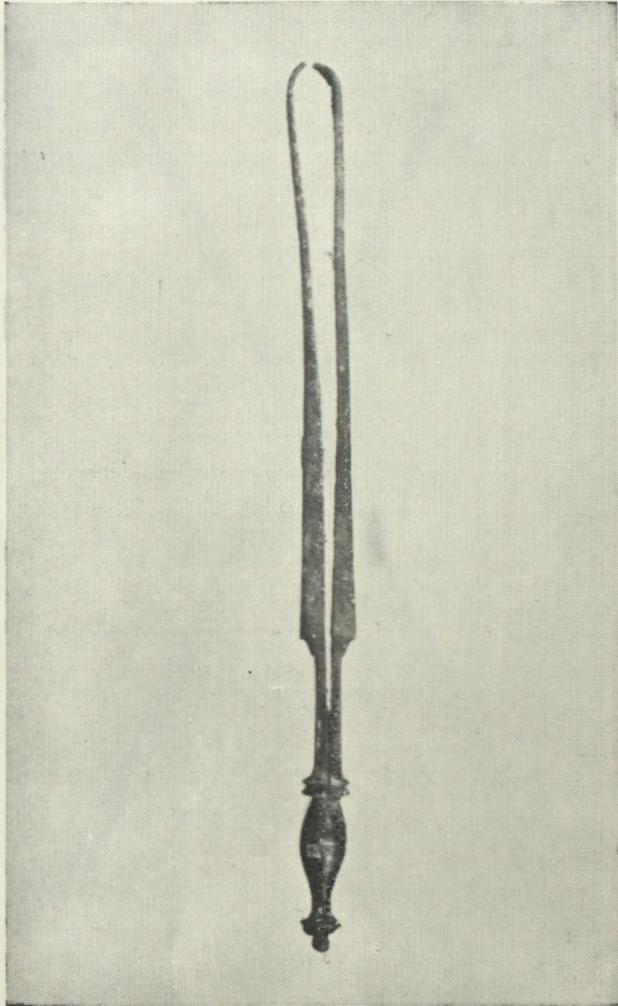
La n.º 10 es un speculum posiblemente para uso nasal, siendo su longitud total de 14 cms., y la de la parte que se introduce en la nariz, de 4 cms.

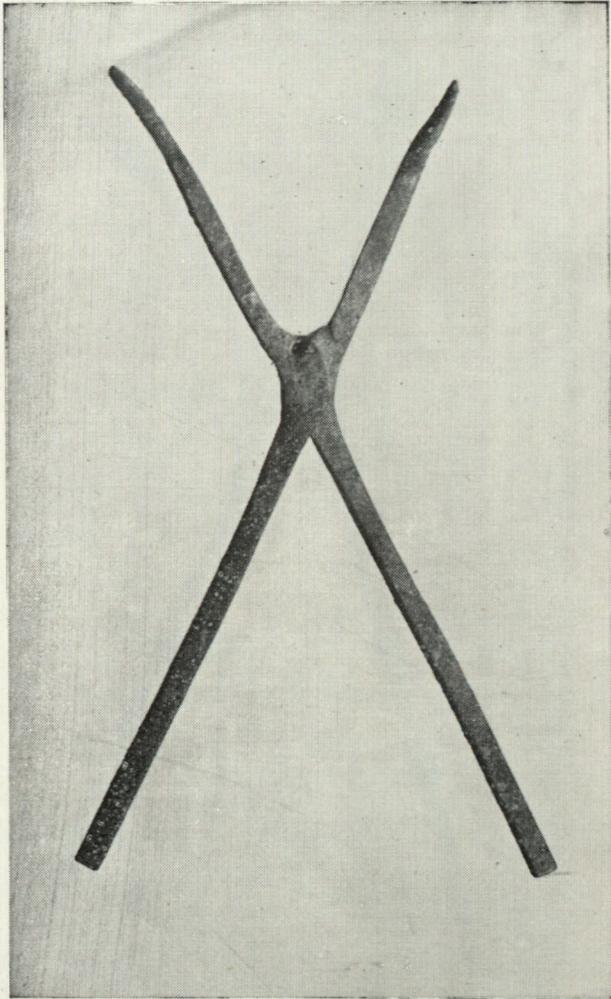
La n.º 11 es un dilatador grande en perfectas condiciones de funcionar. Le falta a la figura un remache que estaba extraviado pero, ultimamente ha aparecido y se ha adaptado al original. Su tamaño son 17 cms. de largo y 8 cms. en la parte que penetra en el sitio de la exploración.

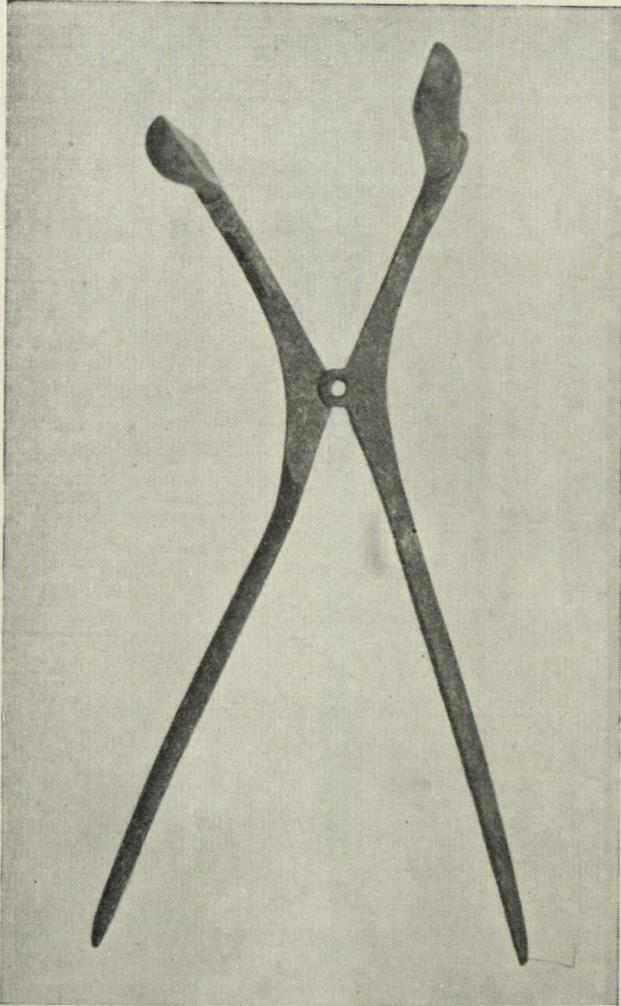
Ne tenemos noticias de sellos de oculistas que ejercieran esta especialidad en Mérida, aunque sí en Cáceres. Nada sabemos de instrumental especial para el ejercicio de esta especialidad. Solamente pudiera ser una cucharilla encontrada hace muchos años en las afueras orientales de la ciudad (figura n.º 12) la que se usaba para aplicación de colirios secos por su similitud a la publicada en el trabajo «La oftalmología en tiempos de los romanos», editada por Cusí en 1956, pág. 47.

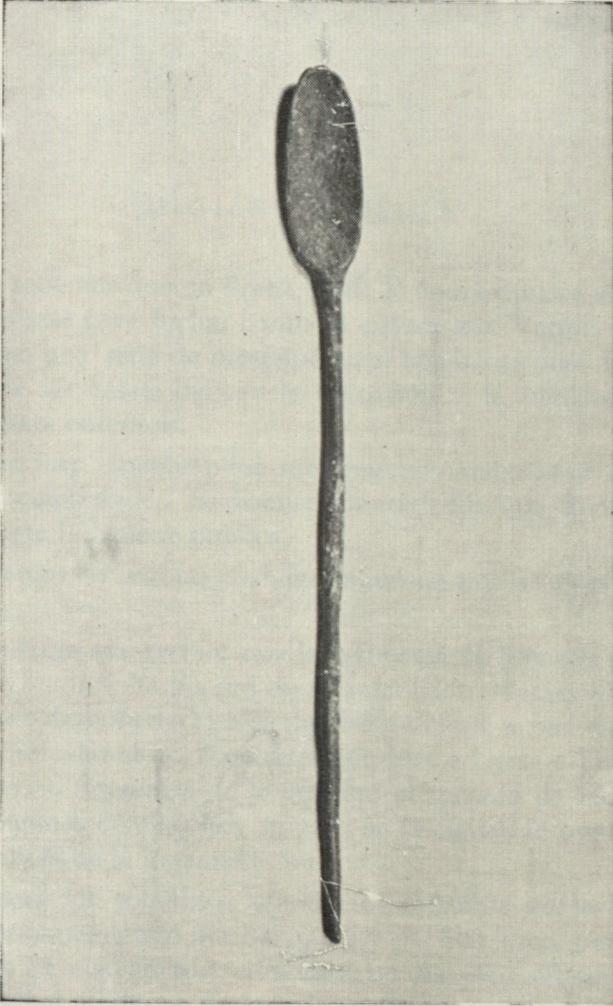
Cuchillos para incisiones profundas y amputaciones, sierras, tijeras de resorte, recipientes de todas clases, tales como frascos, botellas, ungüentarios, balsamarios y frascos para colirios de incomparable belleza todos de vidrio, sonda de oídos, etc., existen en los ajuares del Museo de Mérida, invitando a ustedes a que cuando visiten esta ciudad puedan examinarlos en las vitrinas donde están expuestos.











## V

### HIGIENE PÚBLICA

Todos sabemos que en Roma desde la época etrusca se sanearon los terrenos para luchar contra el paludismo. Varrón y Vitruvio enseñan una serie de prescripciones higiénicas para la construcción de las casas; indican la ubicación y la ventilación de estancias para enfermos.

Los que hoy examinan los monumentos antiguos y estudian las leyes, comprenden fácilmente los cuidados que tuvieron los romanos para la higiene pública.

Conocemos las severas medidas impuestas por las leyes Aquilia y Cornelia.

Mérida tenía que recibir toda la influencia de Roma y por ello se construyó una soberbia red de alcantarillado. Macías y Martín Almagro nos describen «14 alcantarillas de Norte a Sur en dirección perpendicular al río, 9 en dirección Este a Oeste». Ello constituye la mayor referencia de lo que fué el trazado de la Mérida romana. Algunas de ellas hoy se usan en la ciudad lo que prueba la competencia de la ingeniería romana.

Si en agua los soberbios acueductos romanos de la Ciudad Imperial proporcionaban por habitante y día 500 litros, procedentes de unos 14 acueductos, cifra que no ha sido rebasada por ninguna ciudad moderna, de Mérida podemos asegurar que ninguna otra población española tuvo tan soberbios acueductos ni pantanos para su abastecimiento. Es bien seguro que fueron los acueductos construídos con gran celeridad por los ingenieros de Augusto a poco de fundarse la ciudad.

El pantano de Proserpina está a cinco kilómetros de la ciudad

embalsando unos seis millones de metros cúbicos con un perímetro de 5 kilómetros.

En la figura núm. 13, verán ustedes las características de este pantano que abastecía de agua gran parte de la ciudad, salvando en un tramo final el valle del Albarregas, mediante el monumental acueducto de «Los Milagros». En la figura 14 podrán ustedes ver sus principales características y su elegancia y que como diría un poeta emeritense: (Uruñuela).

Sus entrañas de piedra y cal compacta  
hachazos de los tiempos agrietaron  
y sus brazos los siglos cercenaron,  
mas queda a su pesar la gloria intacta:  
como airoso florón de su nobleza  
sobre el roto canal de duras peñas  
ponen «torres sumadas» las cigüeñas,  
proclamando voceras su realeza.

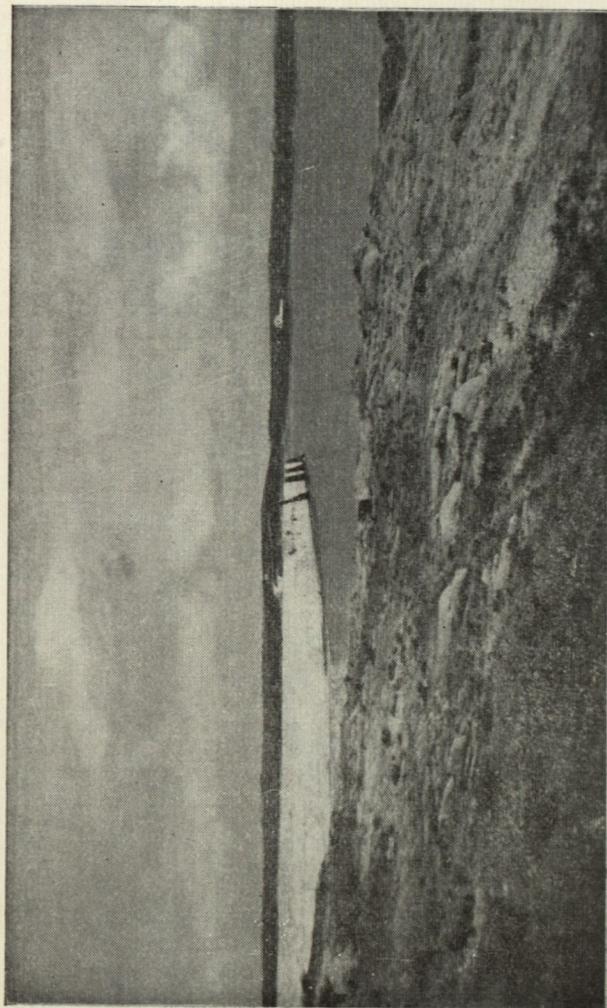
A 15 kilómetros de Mérida, en un paraje bellísimo, en los Montes de Cornalvo, existe el hermoso pantano de este nombre, destinado al abastecimiento de los barrios orientales de la ciudad. Embalse en un perímetro de 10 kilómetros de longitud, 10'5 millones de metros cúbicos. El dique presenta un talud en forma de graderío (vean la figura n.º 15), lo que hizo suponer a algunos autores que se trataba de una naumaquia.

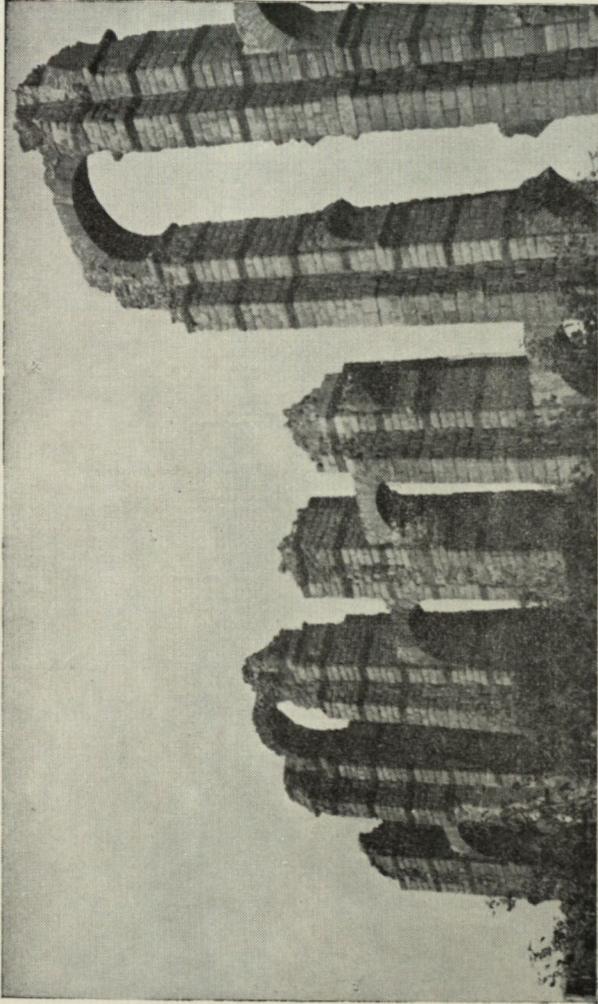
La torre del pantano se halla dentro del embalse (y no fuera como la de Proserpina), iniciándose en su fondo la conducción del agua del embalse.

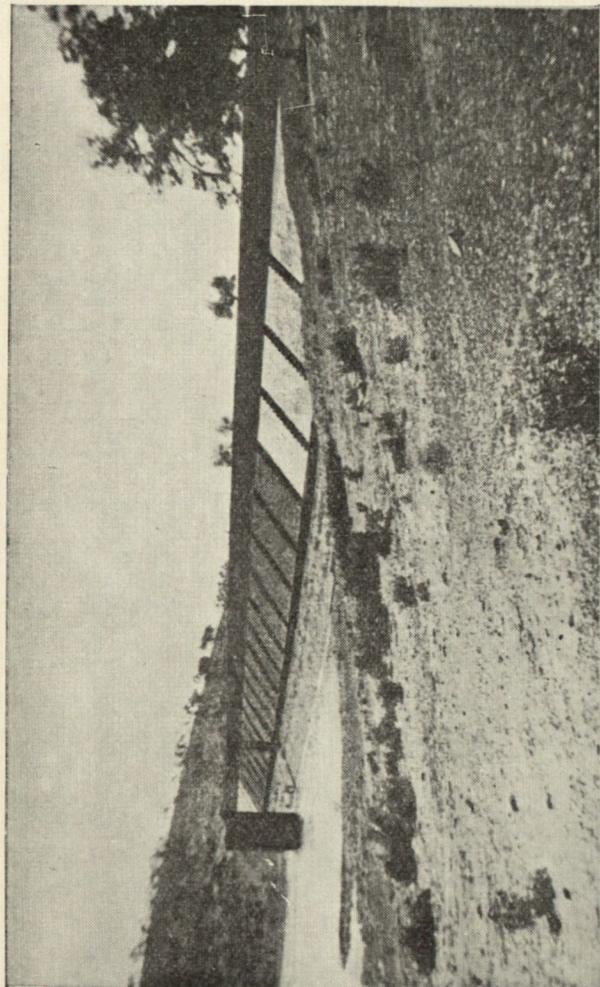
El acueducto romano, que llamamos de San Lázaro y que traía agua de otros lugares (figura n.º 16), ha quedado reducido a tres pilares unidos por dos grandes arcos, pero fué erigido para salvar la mitad oriental del valle del Albarregas.

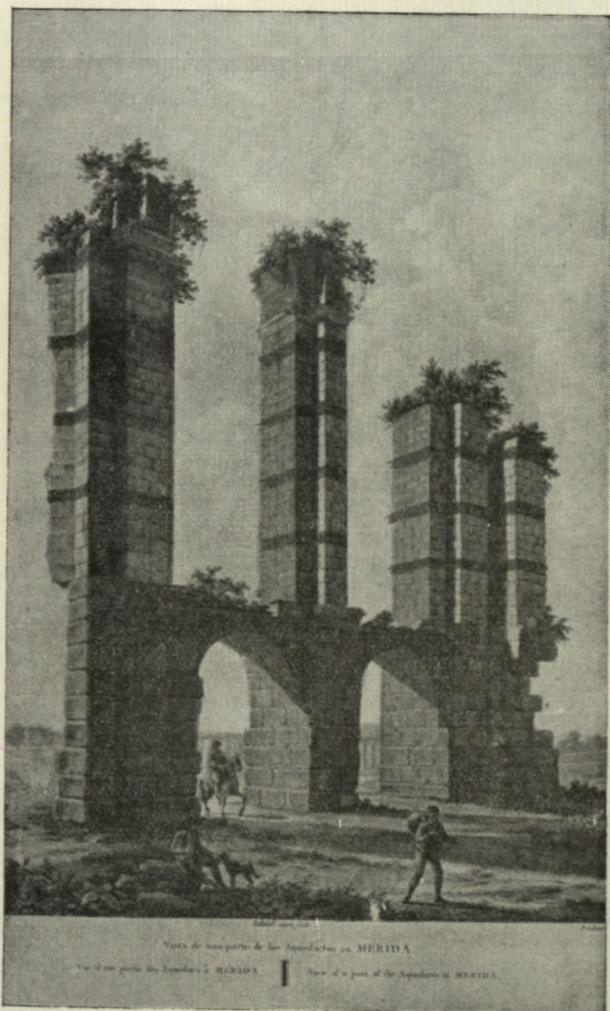
Parte de este agua, que también y con tanta riqueza se proporcionaron los romanos emeritenses, fué usada para su deporte higiénico favorito: para el baño.

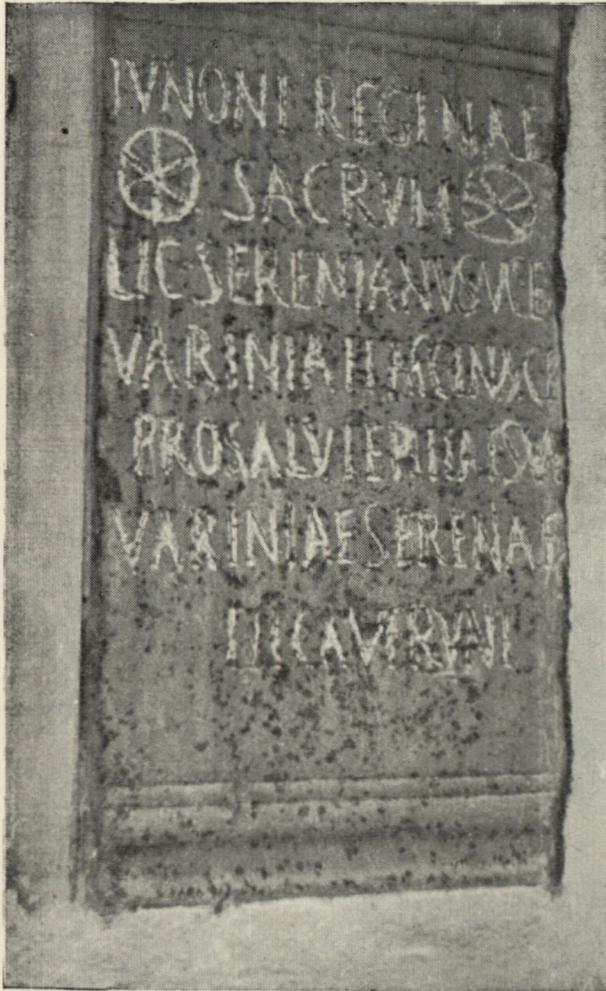
En unas ruinas descubiertas en la calle General Aranda se puede ver, bajando a un curioso recinto subterráneo redondo, que sería al parecer el «tepidarium» de unas termas, aunque son muy discutibles. Las galerías servirían para captar aguas subálveas y a la











A LA DIOSA JUNO  
DEDICARON ESTE SANTUARIO  
LICINIO SERENIANO  
VARON ESCLARECIDO  
Y VARINIA FLACINIA  
SU MUGER  
POR LA SALUD DE SU HIJA  
VARINIA SERENA

vez para servir de frigidarium. Hoy se piensa si esto no fué un baptisterio cristiano.

En la casa del teatro y en la llamada del anfiteatro, hay termas o baños privados, y últimamente los recientemente descubiertos a que antes aludimos en la casa romana.

Otros baños existieron de tipo público en la actual calle de Baños, cuyo nombre perdura quizás por este motivo.

Muy cerca de Mérida, a 15 kilómetros al Sur, existe la villa de Alange, con su ruinoso castillo medieval. Tiene este pueblo un balneario y en uso dos cámaras romanas con sus piscinas (caso único en España), cuyas propiedades salutíferas fueron ya conocidas de los romanos, registrándose testimonios dados a conocer por el insigne epigrafista, profesor alemán Emilio Hübner, como un ara de mármol blanco con la inscripción siguiente: (figura n.º 17).

IVNONI · REGINAE

(\*) SACRVM (\*)

LIC · SERENIANVS · V · C · ET

VARINIA · FLACCINA C · F

PRO · SALVTE · FILIAE · SVAE

VARINIAE · SERENAE

DICAVERVNT

El Padre Fita traduce así: (figura n.º 18).

«Consagrado a Juno, reina (de los dioses). Esta ara la dedicaron Licinio Sereniano, varón ilustrísimo y Varinia Flaccina, ilustrísima señora, por la salud de su hija Varinia Serena».

Las dos estrellas inscritas en círculos, que en el mármol antiguo aparecen a los lados de la palabra SACRUM, intérpretalas Hübner como astros, imágenes sumarias del Sol y de la Luna.

En la colección del fallecido Marqués de Monsalud, de Almen-dralejo, hay una lápida arrancada de Alange, hallada en el sitio llamado «Del Palacio», donde otra madre no da a conocer a las aguas virtudes milagrosas; es cuadrada, de pizarra negra de 0'42 centímetros por sus cuatro lados; la inscripción, encerrada en un

círculo rodeada de festones, todo ello trabajo bastante primoroso (según frase del Marqués de Monsalud), es esta:

D · M ·  
 C · SILIO · TRAI O  
 ANN · XI · M · III  
 VIBIA · THISBE · MATER  
 FILIO DVLCISSIMO  
 ET PIENTISSIMO  
 B · M · F ·

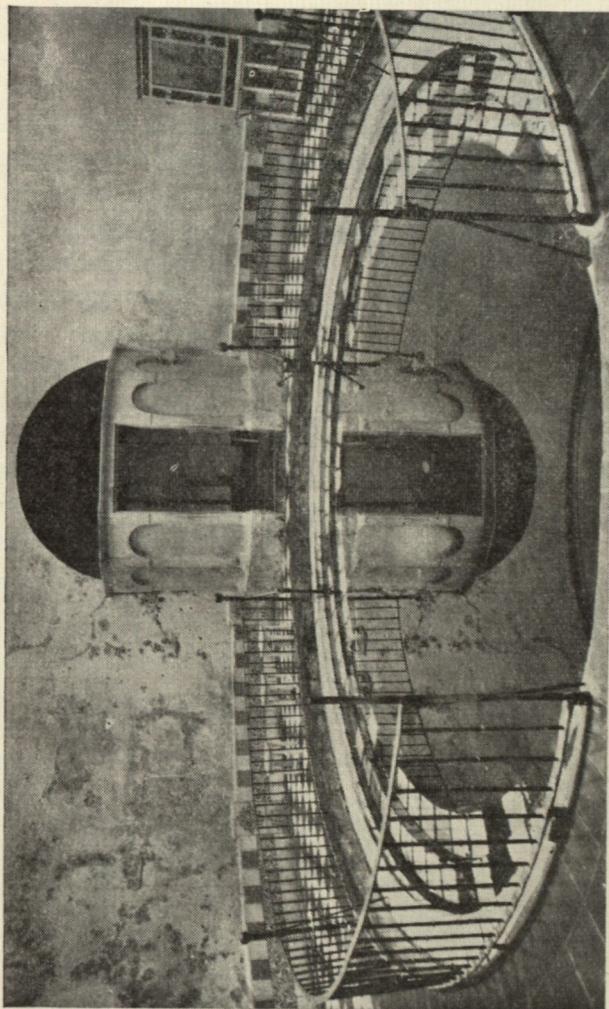
Traducido, dice lo siguiente:

«Consagrada a los dioses Manes. A Cayo Silio Trao, de once años y tres meses. Su madre, Vibra Thisbe a su benemérito hijo dulcísimo y piadosísimo cuidó de elevar este monumento».

(Haremos un paréntesis para exponer que después de la dominación romana, los godos proscribieron el uso de los baños por creer que enervaban las fuerzas físicas que constituían entonces la principal dote de los hombres de todas las clases de la sociedad, prohibición que se repitió en tiempos de Alfonso VI de Castilla, por cuya razón o se mandó expresamente destruir los baños romanos, debido al odio de los godos, o quedaron éstos abandonados a sí mismos, y se fueron arruinando con el tiempo).

De la época de los árabes ni tampoco de la Edad Media hay observaciones de las aguas de Alange, las únicas que persisten son del siglo xviii. En efecto, según dice el doctor Bedoya, los únicos que nos han dado datos del funcionamiento de los citados baños y que han estudiado sus virtudes medicinales fueron tres médicos de Mérida: los doctores D. José de Alsinet (aquel célebre médico de las tercianas, oriundo de Valencia), D. Manuel Canales y don Lope Antonio Franco. Les ayudó en sus estudios un farmacéutico también de Mérida, D. Antonio Montero.

Mérida (en la revista *Arquitectura*, n.º 20) nos describe este balneario: «Este cuerpo de edificio mide una longitud de 26 metros de ancho por 13 de alto. Componen su interior dos cámaras iguales o gemelas e independientes, ambas de planta circular y por lo tanto en forma de rotonda cubierta por cúpula semiesférica con claraboya circular en el medio. En el muro cilíndrico de cada rotonda se abren en puntos equidistantes que corresponden a los



ángulos del macizo cuadrado de la construcción, 4 celdillas a modo de ábsides u hornacinas, destinadas en lo antiguo, como hoy todavía, a desnudarse y vestirse los bañistas, y cuyo muro semicircular se ve coronado por un casquete esférico, determinando un arco de medio punto en la boca. En el centro del pavimento de las dos cámaras se abre una piscina circular, con tres gradas en torno, que van estrechando el anillo destinado a que los bañistas bajaran y se sentaran. El diámetro total de cada una de estas cámaras es de 11'30 metros. El de cada piscina en su fondo de 5 metros.» Por la figura n.º 19, podrán comprobar las características de estos baños que acabamos de describir.

Lo importante es que estas dos cámaras están en pie y en uso, siendo las únicas en España.

Dos cámaras, dos baños, uno para hombres y otro para mujeres, estando las puertas abiertas por los romanos, para esta separación de sexo, en extremos opuestos del edificio.

Arquitectónicamente considerado, se parece al templo panteo o panteón de Agripa en Roma. Iguales son las termas del Foro y las Estabianas de Pompeya.

## VI

### MEDICINA HISPANO-VISIGODA

Si Mérida no hubiera florecido en todos los más variados aspectos culturales en la época hispano-visigoda, nuestro trabajo quedaría ya terminado.

Pero una ciudad que conserva en su soberbio museo una sala inmensamente rica, la más rica de España, una gran colección de ornamentos, pilastras, cimacios, dinteles de portadas, piezas de altares y otros elementos decorativos, es lógico que su comercio, su prosperidad, su cultura y su Medicina brillaran a gran altura.

En estos siglos v, vi y vii, Mérida florece como uno de los principales centros de cultura, organizándose una de las escasas escuelas conocidas en torno al célebre Monasterio de Cauliana, cercano a la ciudad, en la finca de Cubillana, que hoy toma ya gran incremento turístico. En sus alrededores hubo varios monasterios donde florece el saber y se formaba un clero ilustrado, impropio de aquellos tiempos rudos y bárbaros y así en efecto, en el siglo<sup>o</sup> vii, Paulo pudo escribir la admirable obra *De vita et miraculis Patrum Emeritensium*.

Cuando se consolida la organización de la Iglesia tras el edicto de Milán, en Mérida residiría uno de los tres metropolitanos que rigen las iglesias diocesanas españolas (el uno, desde Tarragona; el otro, desde Sevilla y el tercero desde Mérida, con doce sillas episcopales bajo su jurisdicción, y es el 26 de Febrero de 1120, perdonad estas palabras, cuando el Papa Calixto III, trasladó a Santiago la sede metropolitana, tras las presiones del obispo de Santiago, Diego Gelmírez «previas unas onzas de oro» escribe irritado nuestro D. Maximiliano Macías, sin oposición de Alfonso VIII

que así pagaba a Gelmírez lo que debía desde los años de su niñez).

Y son los metropolitanos emeritenses los que conservan la tradición y la cultura después de las invasiones del siglo v. Son ellos los que consiguen que siga el florecimiento de la ciudad, son ellos los que hacen que prosperen las Letras, las Artes y la Medicina.

Está completamente demostrado que en la época hispano-visigoda se ejerció la Medicina, se escribió sobre ella, y se ejecutaban operaciones de tanta consideración que en los siglos anteriores se abandonaron por miedo, que se enseñó la Medicina de unos profesores a otros, que los reyes se servían de sus médicos a los que protegieron y concedieron algunos privilegios.

Las leyes godas contenidas en el Fuero Juzgo, que todas fueron dictadas desde Eurico, séptimo de sus reyes y primer Sr. de España en el siglo v del Cristianismo, hasta Egica en el siglo vii, arroja de sí radiantes luces de la existencia de médicos en sus dominios. Indican esas leyes que se hacían varias operaciones quirúrgicas como la sangría, batir las nubes de los ojos, cura de heridas y otras, siendo el lugar oportuno para relatar aquí que en aquellos tiempos se verificó una operación muy peligrosa y precisamente en Mérida por uno de sus obispos, Paulo.

Era Paulo natural de Grecia, médico de profesión, que vino a Mérida desde las regiones de Oriente, el cual, como llevase aquí mucho tiempo destacando por su santidad y excelentes virtudes y a todos superase en humildad y rectitud, fué designado por Dios para ser promovido al pontificado de dicha ciudad.

En el libro de Paulo Diácono *La vida y milagros de los padres emeritenses*, que fué sacado a la luz con muchas notas por nuestro ilustres historiador y regidor perpetuo de la ciudad D. Bernabé Moreno de Vargas, en 1633, y traducido al romance castellano por D. Domingo Sánchez Loro, en 1951, se relata la siguiente difícil operación:

«Sucedió, que la esposa de un noble y principal caballero, perteneciente a los senadores de la ciudad, cayó enferma; la cual traía también la noble prosapia de ilustre linaje; casada hacía poco tiempo, concibió en su seno, y el infante murió en el vientre. Como la hubieran recetado muchos médicos diversas medicinas y no sintiera ningún alivio, sino que, puesta en peligroso trance cada

día se hallaba más cercana de la muerte, su ilustre esposo, para el que nada existía más querido que su cónyuge, a la cual se había unido recientemente, con nupciales ataduras, acudió presuroso, de acuerdo con los otros médicos, a este santo varón con la esperanza de recuperar la salud, para que como siervo de Dios, pidiera al Señor por la mejoría de su esposa, y como médico que desiguara proporcionar con sus manos el remedio de la enferma. Pero el santo varón le atajó, diciendo: «No me es lícito hacer lo que pides, porque soy indigno sacerdote del Señor, ofrezco a Dios el sacrificio con mis manos y por ello no puedo realizar lo que dices a fin de que luego no acerque mis manos impuras a los sagrados altares e incurra en el furor de la divina potestad». Y añadió: iremos en el nombre del Señor, la visitaremos y ofreceremos los médicos de la Iglesia para que le den medicina; nosotros diremos cuanto sepamos a la manera de hacer la operación, pero no podemos intervenir personalmente.

El, no obstante, sabiendo que la actuación de ningún otro médico tenía eficacia y que su esposa estaba moribunda, comenzó a suplicar encarecidamente, con mucho llanto, que no enviase a ninguno, sino que fuera él por sí mismo e hiciese lo que sabía con sus manos.

Como no aceptase ni consintiera en forma alguna, muchos cristianos, postrados delante, le rogaron con lágrimas para que fuese. Mas él contestó: He conocido cuanta misericordia tiene el Señor y estimo que, si fuera, conseguiría para la enferma su total restablecimiento y se otorgaría disculpa por mi intervención; pero tampoco dudo que los hombres perversos me lo echarían después en caña.

A lo cual respondieron todos: Ninguno de nosotros te dirá, jamás, cosa alguna, pero anda, señor, haz con presteza la merced que de tí solicita.

Al fin, movido por las súplicas de éstos, prometió que iría, pero que antes iba a impetrar del Señor, para que, obrando sin ligereza, actuase con mayor eficacia, y, en caso de ofender a Dios, conseguir la indulgencia. Al instante se dirigió a la Basílica de la Santísima Virgen Eulalia; allí postrado, en oración, continuó la noche siguiente, hasta que fué iluminado por divina inspiración; luego, marchó sin vacilar a casa de la mujer enferma, lo dispuso todo

con rapidez, hizo operación, colocó sus manos sobre la paciente en nombre del Señor y, puesta en Dios la esperanza, verificó una operación difícilísima con habilidad pasmosa, con una sutil herramienta; extrajo el feto ya podrido, hecho trozos.

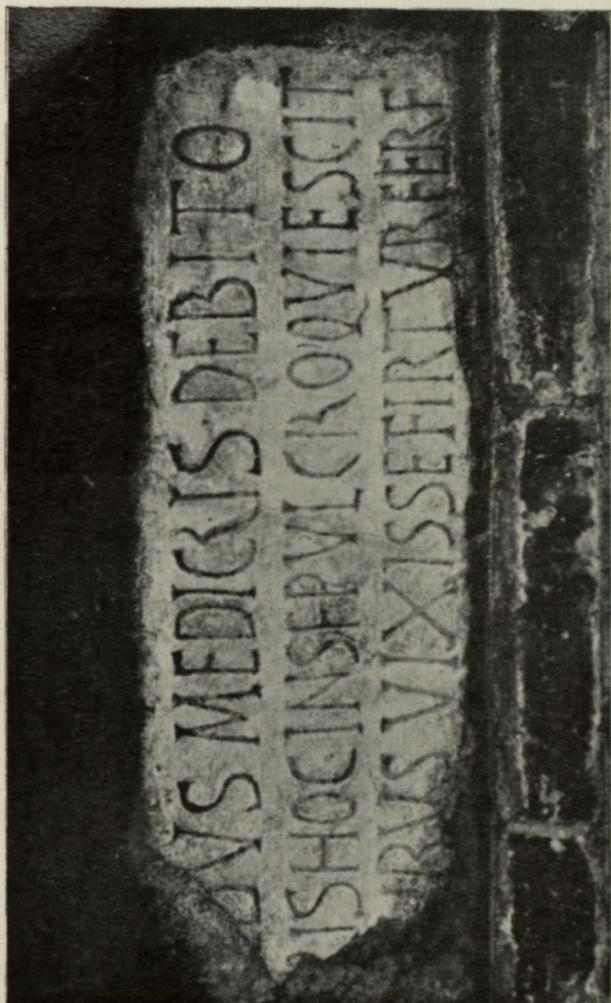
Con la ayuda del Altísimo entregó curada a su esposo la mujer que estaba ya moribunda, advirtiéndole, que adelante, no tuvieran uniones carnales, porque éstas le ocasionarían peligros mayores. Ellos postrados a sus pies, le dieron las gracias y prometieron cumplir al detalle todas las recomendaciones que el siervo de Dios había hecho, rogando al Señor que, si no las cumpliesen, les castigara con males peores.

En aquella casa se produjo inmensa alegría y un gozo imponderable, y, dirigiendo todos alabanzas a Dios, recitando oraciones y saltando de contentos, clamaban que el Señor les envió un Angel, que se había compadecido de ellos. Redactaron después una escritura sobre sus bienes, según la cual, de momento entregaban al santo varón la mitad de ellos; a su muerte, la otra mitad íntegra e inviolable, quedaría a su disposición. Era tanta su abundancia de bienes, que ninguno de los senadores les aventajaban en riquezas, en la provincia de Lusitania; más él lo rechazó de plano, desaprobó su decisión y en manera alguna quiso aceptarle; pero ellos le suplicaban y muchas veces se lo ofrecieron con insistencia, hasta que, por fin, consintió en recibirlo, más que en beneficio propio, para atender las necesidades de los pobres.

Los generosos donantes, perseverando la castidad con el temor de Dios, poco tiempo después marcharon a la suprema patria por divino llamamiento.

Muertos los cuales, el santísimo obispo Pablo obtuvo todo el patrimonio de ellos; y él, que llegó peregrino y sin caudal, se hizo el más rico que todos los potentados, de tal forma que la hacienda de la iglesia era como nada en comparación de su fortuna».

Otro metropolitano emeritense, otro gran santo, noble por su origen, pero más noble por los merecimientos de su vida, sucedió en la Iglesia a Fidel, sobrino de Paulo, en el año del Señor 570, Masona. Al principio de su episcopado fundó muchos monasterios, los enriqueció con grandes mercedes, levantó numerosas basílicas de fábricas suntuosas y en ellas consagró a Dios muchas almas. Los pobres hallaban en él cumplido remedio, preside el



III Concilio de Toledo en 589, y otros posteriormente; funda la primera caja de préstamos para los necesitados, evitando así que cayeran en manos de los usureros, y lo que tiene más importancia para nosotros, construye un *hospital*; lo enriqueció con un gran patrimonio, y poniendo al frente unos asistentes o médicos, ordenó atender las necesidades de los peregrinos y enfermos; dictó la orden de que recorriendo los médicos permanentemente la demarcación de toda la ciudad, a cualquier enfermo que encuentren, siervo o libre, cristiano y judío, cogiéndolo en sus brazos lo lleven al hospital y colocando al mismo enfermo en unas camas de forma de litera cuidadosamente preparadas, le sirvan comidas delicadas y exquisitas, devolviéndole, con la ayuda de Dios, la salud perdida. Y aunque el hospital nadaba en la abundancia por las muchas donaciones recibidas, aún le parecía poco al santo varón. Añadiendo a esos beneficios otros mayores, ordenó a los médicos que con especial cuidado se preocuparan de que de todas las rentas llevadas a palacio por todos los administradores del patrimonio eclesiástico, recibieran la mitad para atender a los mismos enfermos.

Médicos visigodos en Mérida. ¿Se conocen nombres aparte de estos célebres padres emeritenses cuyas cualidades acabamos de exponer? Vives, en las *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda* (editada en Barcelona en 1942, en su pág. 91), inserta una inscripción que dice: (figura n.º 20).

[RECCAR]EDVS · MEDICVS · DEBITO  
FVNCTVS HOC IN SEPVLRO QVIESCIT  
[SEC] VRVS VIXISSE FERTVR FERE  
[ANN · VIGIN]TI N[OVEM]

Traducido, dice lo siguiente:

El médico Recaredo, habiendo cumplido con su deber, descansa seguro en este sepulcro. Parece que vivió 29 años.

Si dijera «resurrecturus» en lugar de «securus», sería así la traducción: Descansa en este sepulcro esperando la resurrección.

Este fragmento de lápida está empotrado en las paredes del patio exterior del Marqués de Monsalud, de Almendralejo. Es de mármol blanco, de 0'38 de largo por 0'15 de alto, y fué hallado en la calle Alfonso IX de Mérida (hoy Teniente Coronel Yagüe).

Las letras del primer renglón son altas, de 0'35 mm. y 0'30 las siguientes. Tiene un grandísimo interés para la historia de la Medicina esta lápida por cuanto que es (según nos dice el Marqués de Monsalud) la única de la época visigoda en la que se menciona un profesor del arte de Galeno.

Hübner la juzga, por la paleografía, del siglo VI, aunque hay eruditos que creen sea del siglo VII.

## VII

### F I N A L

Antes de terminar he de manifestarles que mi intención no ha sido otra que la de recopilar datos de diversos trabajos especializados en medicina romana-visigoda, invitando a los médicos eruditos en estas materias para que con sus estudios puedan poner a punto este interesante tema.

Volvamos al principio de la conferencia. Estamos de acuerdo de que hay que meterse dentro del laberinto de la historia, para poder salir alguna vez airosos y poco a poco con los estudios y la investigación llegar al total esclarecimiento de los hechos, a la verdad histórica.

¿No nos dan buen ejemplo los cráneos trepanados encontrados desde la antigüedad cuyo misterio, desde las primeras observaciones de Prunieres en Lozere hace 90 años, se va esclareciendo a pasos agigantados?

*MANUEL SANABRIA ESCUDERO*

## BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Almagro Basch (M.) *Mérida. Guía de la ciudad y de sus monumentos*. Mérida, 1961.
- Alvarez Sierra (J.) *Historia de la Cirugía Española*. Madrid, 1961
- Alvarez Saenz de Buruaga (J.) y García de Soto (J.) *Nuevas aportaciones al estudio de la necrópolis oriental de Mérida*. Archivo Español de Arqueología n.º 62. Madrid, 1946.
- Bishop (W. J.) *Cirugía histórica*. Barcelona, 1962.
- Cassani (José L.) *Cuadernos de Historia de España*. Tomo XII. Buenos Aires, 1949.
- Coraminas (F.) *La Medicina en Roma y Bizancio*. Sinergia n.º 19. Madrid.
- Castiglioni (A.) *Historia de la Medicina*. Barcelona, 1941.
- Ciba (S. A.) *Santos Sanadores*. Barcelona, 1948.
- Cusí n.º XXIII. *La oftalmología en tiempos de los romanos*. Barcelona, 1956.
- Díaz y González (J.) *Historia de la Medicina en la antigüedad*. Barcelona, 1950.
- Díaz y Pérez (N.) *Diccionario de autores y artistas extremeños ilustres*, Madrid, 1884.
- Fernández Pérez (G.) *Historia de las antigüedades de Mérida*. Badajoz, 1857.
- Frederick Poulsen. *Vida y costumbre de los romanos*. Madrid, 1950.
- Floriano (A. E.) *Aportaciones arqueológicas a la historia de la Medicina romana*. Archivo Español de Arqueología n.º 44. Madrid, 1941.
- Grimal (P.) *Las ciudades romanas*. Barcelona, 1956.
- Gustart Trulls (B.) *Revista de Arquitectura*. n.º 74. Madrid (agosto) 1924.
- Grangel (L. S.) *Historia de la Medicina española*. Barcelona, 1963.
- Hübner (E.) *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Tomo XXV. Madrid 1894.
- Hübner (E.) *Corpus inscriptionum latinarum II, Inscriptiones hispanae Latinae (1869) y Supplementum (1892)*.
- Lain Entralgo (P.) *Sobre el sentido y utilidad de la historia de la Medicina*. Medicamenta n.º 397. Madrid, 1963.
- Masallera (J.) *Algo sobre el emperador Augusto*. Archivos Bibliográficos Médicos, año 1, n.º 80. Barcelona, 1963.
- Mélida (J. R.) *Monumentos romanos de España*. Madrid, 1925.
- Mélida (J. R.) *Catálogo Monumental de la provincia de Badajoz*. Madrid, 1925.
- Mélida (J. R.) *Termas de Alange*. Revista «Arquitectura», n.º 25. Mayo, 1920, Madrid.

- Mélida (J. R.) y Macías (M.) *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades de Mérida*, n.º 98. Junio, 1927. Madrid.
- Paoli (U. E.) *URBS. La vida en la Roma antigua (vita romana)*. Barcelona, 1944.
- Planas Cerdá (J.) *La trepanación de los cráneos*. Ediciones Ronert n.º 28. Barcelona, 1957.
- Peset y Vidal (J. B.) *Memoria sobre la Medicina hispano-visigoda, con nota de José M.ª López Piñero*. Cuadernos de Historia de la Medicina. Salamanca, 1962.
- Reth (A.) *La cirugía del cráneo en la Prehistoria*. Tres leones. Ediciones Fher. Barcelona, 1963.
- Rico-Avello (C.) *Médicos extremeños*. Medicamenta, n.º 299. Madrid, 1956.
- Serra Rafols (J. de C.) *Vida de España en la época romana*. Barcelona, 1944.
- Simón y colaboradores. *Música y Medicina*. Notas terapéuticas Parke Davis número 6, vol. 55. Madrid, diciembre 1962.
- Sánchez Loro (D.) *Libro de la vida y milagros de los padres emeritenses*. Cáceres, 1951.
- Sandoz. *Panorama*, mayo 1962. Madrid.
- Sanabria (M.) *Historia del paludismo en Extremadura*. Cátedra Historia de la Medicina, Madrid, 1935.
- Sanabria (M.) *Mérida y Alange*. Revista oficial de Feria, Mérida, 1963.
- Villaescusa (J.) *Monografía de las aguas y baños minerales de Alange*. Madrid, 1850.
- Velasco (R.) *Simbolismo religioso; la serpiente*. Sinergia n.º 16. Madrid.
- Zameza (J.) *Visiones romanas*. Angeles de las misiones n.º 156-166. Berriz (Vizcaya).